ANTONIO PEREIRA: Del monte y los caminos. El Bardo. Barcelona, 1966; 70 págs.

Luis Jiménez Martos

Con *El regreso* -publicado en «Adonais» hace dos años- dio Antonio Pereira señal primera de su poesía, cumplidos ya los cuarenta años. He hablado alguna vez, cariñosamente, de los denominados poetas tardíos y no creo que resulte anecdótico señalar la relación que a veces existe entre madurez, timidez y auto crítica. Después de todo ¿para qué sirve mostrar los borradores? Un poeta tardío tiene casi siempre la ventaja de aparecer con una hechura aproximada a la definitiva. *El regreso* es la nueva unión de un hombre y su ciudad de origen, un presente que reencuentra el pasado. Del monte y los caminos es un pasado que continúa siendo presente. Puede observarse que en la poesía leonesa contemporánea -Leopoldo Panero en primerísimo término- hay una constante de entrenamiento aun en poetas cuya temática enfila hacia otros nortes.

Yo imagino así el proceso creador de Antonio Pereira: Después de sentirse otra vez arraigado necesitaba retroceder hacia el origen de su propia dimensión vital, necesitaba salir de los limites urbanos para darnos completamente su paisaje desviviendo hacia atrás / por caminos borrados, hacia donde se ve desde lejos la ciudad.

Pereira parte de las memorias infantiles -un espléndido poema a manera de impulso- y nos lleva a ese monte en que los seres viven a una altura inversa a la topográfica. Allí están las gentes campesinas. Puede surgir de diversas formas la poesía que incluye a nuestros semejantes; lo más corriente hoy es que provenga de una preocupación sociológica. En este caso, ella existe, pero a través de un fundamento emocional, que si bien busca ser descriptivo no olvida la vertiente ética:

Aquí siento vergüenza de mi oficio de cantor y reclamo una herramienta para romper el paso, brazos rudos con que palear la nieve, y el esfuerzo para portar un cuerpo por el bosque de las sombras, como un árbol herido.

¡Pido un camino para hacer más corto el grito que pelea hacia la vida!

El contenido ético, la limpia denuncia no hace sino acentuarse. Algunos versos entre admiraciones la subrayan doblemente, y el duro paisaje se muestra en función de

quienes lo habitan. Entonces es la patria solidaria, / oh patria extraña que no suma pueblos / sino esperas y largas soledades / del hombre en los estribos de los eterno.

Pero aún restan dos variantes de una idéntica motivación; una formada por los dos poemas de «Meditaciones y preguntas»; otra, por cuanto contiene el apartado «Escenas y personajes», el más concreto y local, con términos como «avisedos», «caborco» y «pallozas», leonesismos del lenguaje del campo. Es esta parte, a mi juicio, la menos importante del libro, aunque tenga un pronunciado sabor.

Decía atrás que Antonio Pereira es un poeta arraigado. Se corresponde ese arraigo a unas formas de suma claridad (quien siente y piensa claro no enreda nunca su lenguaje), ágiles y, por lo común, tradicionales, apoyadas, cuando así ocurre, en la asonancia. Incluso a la hora de hacer verso libre o blanco, Pereira se preocupa de decir lo justo, de adjetivar con economía, pero asimismo de redondear sus poemas sin recursos de latiguillo.

Del monte y los caminos es una evocación dolorida, en la que el sujeto que hay en toda memoria deja paso a la muestra de un mundo particular; el poeta no crea esa distancia típica de la faena del recuerdo y, consecuentemente, los elementos de nostalgia y ensueño quedan eliminados. Y es que ese mundo, con su «aquí» y su «ahora», sigue a la vista. Estas páginas nos lo traen sin clave ni recámara alguna.